

Oh, qué infeliz la vida
 Que el pescador sobre el abismo pasa ;
 En nave frágil cimentó su casa ;
 Su afán, la pesca ; en su veloz corrida
 Fió su suerte al piélago homicida.

Goce yo dulce sueño
 Bajo un copado plátano, al arrullo
 De una fuente vecina : su murmullo
 No asusta ó sobresalta ; es tan risueño,
 Que hurta á la fiera su temible ceño.

JOSÉ DE LA CRUZ HERRERA

Doctor en Filosofía y Letras
 Catedrático de Griego

UNA NOVELA BRASILEIRA

En limpia y correcta edición la Librería Americana acaba de publicar una bella novela con el título de *Inocencia*. Es obra del Sr. Vizconde de Taunay, escritor brasileiro, y la traducción que en esta ciudad ha visto la luz se debe á muy alta pluma colombiana. Y á la verdad, desde el primer aparte se echa de ver que este trabajo bogotano no es obra de indocto aprendiz, porque la castiza dicción y los graciosos giros acusan al escritor avezado al diestro manejo del idioma de Cervantes.

Amén de introducciones y advertencias que los editores de Río Janeiro pusieron á la cuarta edición, trae la versión de aquí un prólogo de D. Antonio Gómez Restrepo, lo cual acredita en gran manera el valor de la obra.

¿Por qué ha llamado esta novela tanto la atención?
 ¿Pertenece, por ventura, á esa clase de obras literarias, tan de boga en el día, en que el hombre aparece sin una sola virtud, en que se mueve como una máquina, más desventurado aún que los héroes de la tragedia griega, perseguidos por el Destino? De ninguna manera. Por eso los que hayan

traspasado ya los umbrales en que aparece de pié *Madame Bovary* deben pasar de largo por ante la sencilla morada en donde esconde sus gracias y encantos Inocencia.

No es esta novela, pues, una de ésas en que durante toda la lectura permanece el espíritu en una atmósfera de vicio y perversidad; su asunto es la historia de todo corazón: es el primer amor que huella tan profunda deja siempre en las almas sensibles.

¿Y queréis saber el teatro donde se verifica este idilio tan bello? Abrid la primera página; allí encontraréis un título que os lo indicará: *el llano y el llanero*; es decir, que el escenario es casi infinito, que la naturaleza se presenta allí con toda su aplastante majestad, que el hombre en medio de ella vive bajo la melancólica impresión de lo sublime, sintiéndose como un nada ante la omnipotencia del Divino Hacedor. ¡Cuánto más si no es que contemplamos el llano á los primeros albores del día ó con el último rayo del sol poniente, sino en el aterrador aspecto que presenta cuando de repente se trueca en mar de voraces oleadas de fuego!

“En aquellos campos de tan diferentes colores y matices, dice el autor de *Inocencia*, el heno crecido y resecado por los ardientes rayos del sol, se transforma en florida alfombra de césped cuando lo labra el incendio que algún viandante deja caer como una chispa desprendida por casualidad de su yesquero.

Minando sordamente queda esa chispa allí, y si pasados algunos instantes sopla un vientecillo, por débil que sea, asoma la lengua de fuego, delgada y trémula, como á contemplar medrosa y vacilante los inmensos espacios que se abren ante ella. Que sople entonces el viento con más fuerza, y de mil puntos estallan á un mismo tiempo las hambrientas llamas que, enroscándose primero unas con otras, dividiéndose luego súbitamente, se deslizan lamiendo vastas superficies, despidiendo hacia el cielo columnas de negro humo, y vuelan rugiendo por los matorrales de

tabocas y taguaras, sin detenerse, hasta tropezar con la orilla de algún río que no pueden atravesar sino cuando algún viento más fuerte hace saltar por sobre él al operario de la destrucción.

Calmado el ímpetu por falta de combustible, queda todo bajo espesa capa de ceniza. El fuego, preso aquí y allí, consume más lentamente los estorbos que le detienen, y va muriendo poco á poco hasta extinguirse del todo, dejando como señal de su paso avasallador, la blanquecina sábana que va cubriendo la huella de sus pasos.

No puede penetrar entonces la luz del sol á través de la atmósfera nublada. La incineración es completa, el calor intenso; por todas partes vuelan pajillas carbonizadas, detritus, aristas y carbones que remolinean, suben, bajan y se confunden en los sumideros de los trombas que se forman caprichosamente con los vientos al encontrarse unos con otros.

Por todas partes reina la melancolía; por todos lados son tétricas las perspectivas.”

¡Admirable descripción! Continuemos.

Inocencia tiene algunas hermanas gemelas que no del todo se le parecen: *Atala, Graciella, Maria.....* pero si Inocencia las hubiera visto de cerca, de seguro se hubiera sentido más humana, más mujer, ante esas jóvenes casi aladas y pálidas, que en este mundo de realidad tan poco se rozaron con los seres de carne y hueso.

En efecto, *Pablo y Virginia* fue la obra de un filósofo, más bien que de un artista; es una lección, una tesis. Bernardino de Saint-Pierre] quería sacar, ante todo, avante la paradoja de Rousseau, su maestro. Por eso, á la larga nos parece un tanto frívola esa narración, que distrae nuestra niñez dulcemente.

Dos niños juntos se criaron,
Por supuesto se quisieron,
Mas luego los separaron
Y de dolor se murieron. (1)

(1) RICARDO CARRASQUILLA, *Literatura homeopática.*

Y es que en el siglo XVIII, en lo general, fue la literatura en Francia cátedra ó tribuna de moral ó de filosofía; por lo cual los grandes poetas, como Corneille y Racine, proclamaban en los prólogos de sus obras dramáticas que se proponían demostrar tal ó cual cosa, aunque nunca pensasen en ello.

¿Pero *Atala*? *Atala* sólo vive ya como un testimonio histórico de la grande obra que emprendió Châteaubriand, pugnando porque la Nación francesa, atraída por la inmaculada hermosura ideal, tornara á las creencias cristianas casi destruidas en las bacanales de la diosa Razón. Por lo demás, ese idilio semi-salvaje no hace tal vez hoy estremer á las almas, como en la época romántica en que apareció; y sólo cautivan nuestra imaginación las brillantes descripciones con que el autor de *Los Mártires* pintó la fecunda naturaleza americana.

Graziella no es una novela, es un poema en prosa escrito por el más dulce músico que haya tañido laúd; y en *Maria*, la melancólica y dulce virgen, compatriota nuestra, ya inmortal, no hay un solo personaje, con excepción de ella, que por sus contornos claros y precisos se grave por siempre en la memoria.

Dijimos atrás que el teatro de Inocencia son las pampas brasileras. Vamos ahora á ver los seres humanos que con sus sentidos dan vida á tan anchuroso panorama.

Desde las primeras páginas del libro aparece la protagonista de la novela, pálida y consumida por la fiebre, en apartada y solitaria vivienda del llano; y la vemos casi por última vez desaparecer por entre los naranjos floridos, descalza y llena de susto, como ave sorprendida por el cazador en un requiebro amoroso.

El joven viajero enamorado de la flor llanera, Cyrino, es un médico de aldea, mucho menos, un pobre farmacéuta que á fuerza de experiencia, con un *Formulario* en la mano, llegó á adquirir algún renombre en los lugares del contorno. Hallóse una noche, por casualidad, en la mora-

da de Santos Pereira, padre de Inocencia, y en unas pocas semanas tuvieron lugar el nacimiento, desarrollo y trágico fin de una pasión crecida en la reserva y el silencio.

La última entrevista de la asustadiza pareja enamorada, á los primeros resplandores del día, bajo los árboles fragantes, cuando los pájaros alzan su cantar somnoliento, recuerda el último ¡adiós! de Romeo y Julieta:

Romeo. Tienes razón, sí, soy feliz. Que se me aprehenda; que se me condene á muerte. No, este incierto resplandor no es la primera mirada del día; es apenas el pálido reflejo de la frente de Cyntia; no es la alondra la que, allá arriba, por encima de nuestras cabezas, hiere con sus vibrantes voces la bóveda del cielo.....

Julieta— ¡Sí! ¡Sí! ¡Es el día! ¡Véte! ¡Párte ya! La alondra es la que canta; oigo sus ásperos acentos, sus gritos agudos. Dícese que su melodía es armoniosa, no, que es ella la que nos separa.....

En el curso de la narración, Inocencia se oculta muy á menudo; pero su invisible silueta se adivina dondequiera y perfuma con místicos aromas todos los lugares en que obran los escasos moradores de casa.

Pereira es el tipo cabal y perfecto del llanero. Su alma es pura como el agua del arroyo cristalino que se desliza en la llanura; su carácter y costumbres son sencillos como la naturaleza que se abre ante sus ojos; pero como la naturaleza, tan cruel con el hombre en sus tempestades, en el espíritu de Pereira también se desatan tempestades que no se detienen ante el hombre. Pereira es una especie de bárbaro que, moderado un instante por la suave religión cristiana, de súbito recobra sus hábitos primitivos y aparece con toda la ferocidad del tigre. Esa escondida y humilde vivienda del llano tiene no sé qué de castillo feudal. La mujer, en lo más recóndito de aquella, entregada á patriarcales labores, jamás expuesta á imprudentes miradas. El varón luchando por fuera y fijándose con ojo vigilante en ese á manera de templo donde viven los suyos, y ¡ay! del

que intente penetrar en tan cerrado recinto! Entonces el feroz llanero asumirá toda su autoridad y su potencia.

Otro huésped que llegó también, por casualidad, á la casa de Pereira, la misma noche que el médico Cyrino, á quien ya conocemos, fue Meyer, un joven alemán naturalista. Es difícil que su figura se pueda borrar de la memoria. Hombre éste, ingenuo y franco, quizás con sus inocentes imprudencias fue enardeciendo poco á poco el alma recelosa de Pereira. En tanto que en esa su transitoria residencia en cada espíritu se va preparando un drama terrible, vive él tranquilo á caza de mariposas, sin darse la más leve cuenta de todo lo que está pasando.

Hay una figura diminuta, que aparece una que otra vez en la historia de Inocencia, un muchacho mudo. Todos comprendemos sus pensamientos. Los ojos, la movilidad de la boca, las numerosas actitudes del cuerpo humano suelen expresar el estado de nuestra mente con más exactitud que el lenguaje articulado. ¡Y quién va á creer que ese mudo, inocente figura al principio de la narración, tan grande importancia tenga en ella! Sin embargo, él habrá de tener la clave del desenlace, ¡él desatará el enigma!

Halcón presto á caer sobre su presa, si no me equivoco, llama el Sr. Gómez Restrepo al hosco llanero á quien se va á entregar á Inocencia por esposa, y á la verdad que no hay expresión que caracterice mejor á este otro feroz habitante de la pampa.

Antes de que nos despedamos de los oscuros personajes de este corto y fresco episodio de amor, es preciso que atravesemos como Cyrino, de prisa, *la villa de Santana*. No hay quizá un cuadro que el Vizconde de Tauray haya trazado con más diestropincel. La verdad de la descripción es sorprendente. Allí la aldea miserable en que el medroso viajero es observado con malicia; allí el asidero de gente vagabunda y chismosa; allí el lugar donde el perdonavidas alienta temido de todos.

Nada es más triste que el desenlace de esta historia; nada más imprevisto. Tres rápidos cambios en la decoración,

y el lector llega al fin. En la última página del libro se encuentra todavía el nombre de Inocencia, pero nada se sabe de ella en un largo espacio de tiempo. Las últimas escenas que debieron verificarse en la casa de Pereira apenas se adivinan, se esfuman en el alma con el misterio de la palma que, al caer la noche, se destaca en el horizonte lejano....

LUIS MARÍA MORA

Bogotá, 1905.

Puristas

—Doctor, nos ha gustado mucho el artículo *Nova et vetera*, que salió en el número segundo de la REVISTA.

—Me alegro mucho.

—Y ya sabemos de quién es.

—Sí, porque nosotros conocemos los estilos de los catedráticos, y ese diálogo.....

—Es del Doctor ***.

—Doctor, ¿quién es Mendigaña?

—Pregúntenselo al autor á quien ustedes le atribuyen el escrito.

—Mendigaña es X, por lo chistoso.

—Pero X no salió sobresaliente el año pasado.

—Entonces es Y.

—No, porque Y es rico.

—Z, Mendigaña es Z.

—Nada, porque Z no ha estudiado metafísica.

—Ramitos es N.

—Yo lo que veo es que el autor inventó colegiales distintos de los de este año.

—Y que á los que hacen profesión de graciosos no les dan premio.

—Eso sí es verdad; tal vez lo único cierto del artículo que ustedes alaban. La gracia en la conversación ha de ser espontánea, muy oportuna y poquita, como la sal en